

ARKANE

· 2 ·

LA RESURRECCIÓN



PIERRE
BORDAGE

minotauro

ARKANE

· 2 ·

LA RESURRECCIÓN

PIERRE
BORDAGE

minotauro

Arkane 2. La resurrección

Título original: *Arkane 2. La Résurrection*

Copyright © Pierre Bordage, 2018

© Bragelonne 2018

Traducción: © Marta Sánchez Hidalgo, 2024

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Desarrollo de la cubierta: Book & Look

Revisión: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1865-1

Depósito legal: B. 13.893-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

LLENADORES

A los que piensan que la prisión de las profundidades es una leyenda, una fábula para asustar a los niños y mantenerlos en el camino correcto, les diría que conocí a un hombre que afirmaba ejercer la función de controlador en la fundación de Arkane. Me aseguraba que, sin la ingrata tarea de los prisioneros de los Fondos, la ciudad se habría hundido por su propio peso hace mucho tiempo. No tengo ninguna duda sobre sus palabras, que confirmaban mis propias conclusiones. Que los escépticos sepan que existe una población miserable de desterrados, los llenadores, que permite que la orgullosa ciudad de nuestros padres desafíe al tiempo.

Diario anónimo de un explorador vertical,
Biblioteca privada de la Casa del Oso,
Arkane

Se necesitaba menos de un día metido en el cieno para absorber un bloque de piedra de varias toesas de largo y de alto.

El agua desaparecía un tiempo bajo los montones de rocas extraídas de las minas. Luego, silenciosa, traicionera, inexorable subía de las profundidades para inundarlo todo, y destruía el trabajo extenuante del día anterior. Los llenadores no podían evitar sentirse desanimados cuando, tras un corto periodo de descanso, descubrían la capa inmóvil de donde emergían las molduras redondas o rotas de algunos bloques como si fueran islotes. Aunque no tuvieran ninguna

posibilidad de salir vivos del laberinto de las galerías subterráneas, cisternas, cloacas, pilares y paredes de los cimientos, trabajaban como animales de carga para evitar que se derrumbara la ciudad edificada sobre un suelo pantanoso cada vez más fangoso, iluminado por las llamas trémulas de las antorchas y la luz blanquecina procedente de las rocaluces. Un color lechoso y uniforme les borraba poco a poco los iris y les permitía así distinguir las formas en las tinieblas profundas. Como perdían rápidamente la ropa y los zapatos, corroídos por la humedad del ambiente y rotos por la aspereza de las rocas, y como estaban acostumbrados a deambular completamente desnudos, se les endurecían los cuerpos, se les espesaba la piel y las uñas de los pies y las manos se volvían tan duras y cortantes como garras.

Cuando se contemplaba en un charco o en la superficie húmeda de una roca, Matteo sentía que parecía más un animal que un hombre. Su rostro, con las mejillas y las cejas salientes, las arrugas profundas, las cicatrices hinchadas y la barba y el pelo despeinados y pegados por la mugre, recordaba a una de aquellas máscaras primitivas que adornaban los salones de recepciones de las familias gobernantes. Había contado los días y los meses al comienzo de su reclusión y pensado su venganza contra los que habían manipulado el Consejo de las Siete para conseguir su destierro. Luego, al entender que le sería imposible escapar del infierno de los Fondos, fue perdiendo poco a poco la esperanza, el orgullo y la noción del tiempo. Sus recuerdos también se borraban. De Matteo del Dragón, primer heredero de la casa más prestigiosa de los Altos, no quedaba más que una criatura viva solo por el instinto de supervivencia.

En los Fondos no se necesitaban guardas, puesto que las salidas estaban cerradas por imponentes rejas. Distribuían la comida a los llenadores a través de pozos, como si tiraran restos de comida a las aves de un gallinero. Los detenidos más veteranos se encargaban de explicar a los recién llegados, que llegaban a la cárcel por un sistema de tubos resbaladizos en pendiente hasta una cisterna en desuso llamada Puerta del Infierno, en qué consistía el trabajo: unos tallaban bloques de piedra en las paredes de las galerías de la mina y los otros los mandaban con

ayuda de carretas de hierro hasta las tierras fangosas en las que se hundía la ciudad. Las marcas trazadas en uno de los muros de contención indicaban la progresión de la caída, tres pies desde que llegó Matteo. De su trabajo no solo dependía la perpetuidad de Arkane, sino también, y sobre todo, su propia supervivencia. Tenían que superar continuamente el sentimiento desesperante de mantener una lucha, perdida de antemano, contra una clepsidra gigante. La mayoría de ellos no superaba un período que Matteo calculaba de un año, abatidos por la fiebre, la malnutrición o los ajustes de cuentas.

Unos controladores bajaban con regularidad para vigilar su trabajo, escoltados por una cuadrilla de legionarios armados hasta los dientes. Los presos desesperados que se rebelaban contra los visitantes seguramente acababan destripados, desmembrados o decapitados.

El número de detenidos aumentaba sin cesar, como si el Consejo de las Siete, consciente de la urgencia de la situación, hubiera decidido multiplicar los arrestos. Matteo se preguntaba por la verdadera razón de su desgracia. Si únicamente se hubieran acometido los fallos de la sentencia, la mitad de los hijos de las familias gobernantes de los Altos debería haberlo acompañado en su caída. Suponía que el complot urdido contra él ocultaba un proyecto de ramificaciones complejas, pero no había conseguido ninguna información sobre la evolución de la situación a través de los nuevos condenados, la mayoría procedentes de los niveles inferiores. De vez en cuando, le sobrevenía un pensamiento insistente y doloroso como una espada ardiendo: él no había sido el primer árbol abatido del bosque del Dragón. Su familia ya había sufrido o sufriría, al cabo de poco, la misma suerte. Entonces, se aferraba al sermón de los Fundadores que pronunciaba solemnemente cada patriarca el día de su advenimiento: ninguno de ellos tendría la abrumadora responsabilidad de romper el equilibrio de las Siete, de desafiar a las diosas del río y de sumir a Arkane en un caos del que no se recuperaría. Sin embargo, la creciente influencia de los petrocles en algunas familias, la multiplicación de las ceremonias sangrientas en las entrañas de la Desolación, las rivalidades exacerbadas entre los herederos de los Altos y la oposición marcada

entre el patriarca Nunzio y algunos de sus iguales anunciaban una inexorable erosión de los principios que habían determinado la fundación y el gobierno de Arkane. El lento hundimiento de la ciudad era respondido en eco por las intrigas que la minaban desde dentro.

Matteo se arrepentía mucho de los errores de su juventud que le habían valido su condena. Él, más que cualquier otro, tendría que haberse mostrado, en todo momento, intachable o, en su defecto, prudente y discreto. Ebrio de invulnerabilidad, había ignorado los consejos de sus padres. No solo había pagado el precio de aquellos errores, un precio exorbitante, sino que había puesto a toda la familia en peligro. En ese momento, no era más que un animal acorralado que luchaba todo el tiempo por sobrevivir. Su estatus de veterano de los Fondos no le valía ninguna consideración ni ningún privilegio. Los otros, que sabían que pertenecía a una familia gobernante, habían intentado asesinarlo varias veces. La ciencia del combate que le inculcó el maestro Mazin, el maestro de esgrima del Dragón, le había permitido burlar sus ataques, pero ¿cuánto tiempo conseguiría vencerlos? ¿Cómo hacerles entender que una solidaridad inquebrantable mejoraría considerablemente sus condiciones de vida? Su única protección era un puñado de fieles que lo acompañaban en sus desplazamientos y le echaban una mano con ayuda de trozos de roca talladas en forma de puñales.

Como cada día (la noción de la jornada se basaba únicamente en la frecuencia de las comidas), Matteo iba a la Puerta del Infierno para recibir a los posibles recién llegados y preguntarles por los últimos rumores de Arkane. Escoltado por Galeb y Filaun, sus dos guardaespaldas designados, prendió una de las antorchas de la pared con ayuda del encendedor, suspendido de la base metálica, y se colocó cerca de la boca redonda que vomitaba a los condenados. Sentados sobre piedras, esperaron mucho tiempo antes de escuchar los primeros gritos que precedían la caída brutal de tres cuerpos que gesticulaban. Eran dos hombres quienes, a juzgar por su ropa, venían de los Bajos y... una mujer vestida con la ropa escarlata propia de las prostitutas de los tugurios que se encuentran en los niveles inferiores.

—¡Diosas! —gruñó Galeb—. ¡Nos mandan a una *mujer*!

Esta se levantó y, después de haber puesto en orden su vestido y su cabello maltratado por la caída, lanzó miradas asustadas a los hombres hirsutos y desnudos que le clavaban los ojos tensos con un velo claro. Recuerdos de encuentros exaltados irrumpían en la mente de Matteo con la rapidez con la que las trombas de agua rociaban los aleros y los tejados. La presencia de una mujer en un mundo exclusivamente habitado por hombres que habían vuelto al estado salvaje podía avivar las llamas de violencia que los exterminaban. ¿En qué estaban pensando allí arriba para mandarles tal objeto de discordia? ¿Había sido un simple error? ¿Un poco de crueldad? ¿O aquella mujer auguraba una llegada masiva de ellas destinada a engendrar una gran población en los Fondos?

Matteo se levantó y se acercó a ella mientras Galeb y Filaun vigilaban a los dos hombres pegados a la pared, unos pobres diablos con harapos y los dedos y labios retorcidos por el miedo. El hombre imaginó lo que podía sentir ella al ver a un ser que solo tenía de humano la postura de pie.

—¿Por qué la han mandado a este sitio? —preguntó.

Su voz le pareció tan chirriante como si frotara una hoja mellada contra una superficie rugosa. Ella no respondió, se echó hacia atrás y se colocó fuera del halo en movimiento de la antorcha para escapar de su insoportable mirada.

—No tema nada de nosotros —continuó él, esforzándose en recuperar la dulzura de su voz—. Me llamo Matteo.

Señaló con el dedo a sus guardaespaldas.

—Estos son Galeb y Filaun, mis compañeros. Lo sentimos si le ofende nuestra desnudez. Ni las telas ni el cuerpo resisten mucho tiempo al aire nocivo de las profundidades. Ya nada nos diferencia en los Fondos, pero su llegada cambia las cosas. Nuestros compañeros esclavos pueden llegar a matarse entre ellos para poseerla. Y, en consecuencia, pueden hacernos correr un riesgo involuntario. Debemos encontrar una solución para protegerla, para preservar un equilibrio que ya es precario.

Matteo habría dado el mismo discurso delante del Consejo de las Siete: la preservación del equilibrio obsesionaba tanto en los Altos como en los Fondos. Esbozó una sonrisa que borró enseguida al recordar el estado de su dentadura.

—Nuestro trabajo consiste en rellenar de rocas el suelo movedizo en el que se hunde Arkane —continuó—. Es una tarea ingrata y extenuante. Si no la cumplimos, seremos las primeras víctimas del derrumbamiento de la ciudad. Nuestra vida no vale mucho, pero es nuestro único bien, nuestro último tesoro, y la defendemos con todas nuestras fuerzas.

La mujer seguía sin reaccionar, era una sombra gris petrificada en la penumbra.

—¿Puede darnos al menos noticias de Arkane?

Avanzó hacia la luz tras vacilar con las mejillas bañadas de lágrimas. La mirada de Matteo se desvió a su pecho, un poco descubierto por el escote de su vestido.

—Me llamo Volma —dijo después de aclararse la garganta—. Soy... Era prostituta en un burdel de los Escalones. Me han condenado por haber apuñalado a un hombre que quería pegarme.

—A las mujeres criminales suelen crucificarlas. ¿Por qué ha acabado aquí en lugar de pudrirse en una tabla?

Ella se encogió de hombros. La vejez prematura surcaba su frente con un entramado de arrugas profundas y le sobrecargaba los rasgos.

—Han venido a buscarme esta mañana a la celda para conducirme por galerías subterráneas y meterme en un pozo con estos dos. No me han dado ninguna explicación. ¿Usted...?

Con un gesto, Matteo la invitó a seguir.

—¿... realmente se llama Matteo?

Él asintió brevemente.

—¿Como Matteo de la familia del Dragón?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Quién no lo conoce en las casas cercanas de los Escalones? Volma guardó un momento de silencio antes de continuar:

—¿Sabe qué les ha ocurrido a los suyos?

Matteo le agarró el antebrazo con tal fuerza que la mujer gritó de dolor.

—¡Hable! —rugió.

Se puso muy pálida, como si la sangre hubiera dejado de circular por las venas de su cara.

—Los han... masacrado —farfulló.

—¿De dónde sacas esa información, zorra?

—Me hace daño, señor.

Matteo expresó su ira con una espiración silbante y dejó de apretarle.

—Del hombre que apuñalé. Me... me contó que formaba parte del grupo que se había lanzado en busca de la dama Oziel, la última superviviente del Dragón.

Oziel. Ella tenía doce años cuando lo lanzaron a la prisión de las profundidades. Se acordaba vagamente de la niña morena, traviesa, bonita, testaruda y muy unida a su hermano Ulio. Se sumergió en una corriente amarga y fría de pena. La declaración de Volma confirmaba su propia intuición y no le generaba ninguna duda.

—Me dijo también que lo habían desterrado por mancillar la posición de su familia.

—¿Quién era ese hombre?

—Un sicario que trabajaba para el Águila...

Matteo consiguió, con muchísimo esfuerzo, no mostrar su angustia. Ahora entendía que no había sido más que un juguete en manos de los hijos de las familias que habían fingido ser sus amigos.

—¿Te contó más cosas?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Es habitual que las zorras asesinen a sus clientes?

—Amenazó con torturarme, iba a matarme, señor, ¿acaso tenía elección?

La examinó de nuevo con atención. ¿Los enemigos del Dragón sabían que seguía vivo?

—¿Qué *hacemo* con ella? —preguntó Galeb.

Matteo se volvió hacia sus compañeros. Galeb había llegado prácticamente a la vez que él a los Fondos. Procedente de los Bajos,

estibador en el muelle del puerto de Arkane, había desafiado a una tropa de legionarios que maltrataban a un anciano, culpable, según ellos, de insolencia, y había herido a tres antes de que lo detuvieran y lo mandaran a la prisión de las profundidades. Alto, ancho de espaldas y dotado de una fuerza poco común, simpatizó de inmediato con Matteo. Su amistad nunca se había enturbiado, a pesar de las incesantes guerras de influencia que libraban los detenidos. Los reflejos pelirrojos de su barba y su cabello contrastaban fuertemente con el blanco de sus ojos y de su piel. Las cicatrices burdeos que le salpicaban el cuerpo musculoso mostraban la crueldad de las batallas que había librado. Filaun provenía de los Escalones, donde era recaudador. Convicto por haber malversado una parte de los impuestos en su propio beneficio, compensaba su falta de vigor con una prudencia de góbato, una inteligencia viva y una vigilancia continua. Se obstinaba en recortarse la barba y el pelo con ayuda de un trozo de roca reservado solo para ese uso y en llevar un pareo de cuero que iba a acabar hecho jirones. Matteo seguía sin saber si realmente había cometido el delito que le había valido su condena, pero la idea de inocencia o culpabilidad no tenía ninguna importancia en las profundidades de la ciudad.

—¿Qué pensáis? —les preguntó él.

—Yo digo que *debemo deshacerno* inmediatamente de ella —respondió Galeb.

—Eso no sería justo —objetó Filaun—. No nos ha hecho nada.

—Todavía no nos ha hecho *na*, pero no tardará en hacerlo. Esta mujer me da mala espina.

Los ojos marrones de Volma se movían de uno al otro como si fuera un pájaro enloquecido.

—En cualquier caso, los otros no deben saberlo —dijo Matteo.

—No *podremo* disfrazarla de hombre —se burló Galeb.

—Vamos a esconderla en una cisterna abandonada —propuso Filaun—. Nosotros nos encargaremos de traerle la comida.

—Creo que tienes *intencione* poco *honesta*...

Filaun lo desafió con la mirada.

—Las intenciones de las que hablas, Galeb, no son mías. Que un hombre cojee no significa que los otros cojeen.

—¿Ves? Ya nos está dividiendo.

Matteo volvió a mirar a la prostituta. A ambos lados de un moño apretado en la nuca, dos mechones de su suntuosa cabellera le caían en cascadas doradas sobre los hombros.

—*Tenemo* que escoger —continuó Galeb señalando a los dos hombres. La luz de la antorcha iluminaba sus rostros aterrorizados—. En cualquier caso, si la *mantenemo* con vida, *tenemo* que *mantené* a estos *do* en silencio. ¿Qué *dice*, Matteo?

Este no estaba prestando atención a la conversación. Unos recuerdos que pensaba enterrados para siempre le asaltaron con la fuerza de un torrente, y resucitaron los tiempos felices, las comidas familiares, los locos paseos a caballo con sus hermanos en los caminos del dominio, las magníficas fiestas, las ceremonias del sello, los bailes, los encuentros amorosos con las sirvientas, las apasionadas aventuras con las niñas y las mujeres de alta condición, los duelos organizados por el maestro Mazin, las clases aburridas con el viejo y antipático Xaron, las conversaciones esclarecedoras con su padre, el sabio Nunzio, la inquebrantable complicidad de la dama Albae, su venerada madre, y las borracheras y las peleas en los bares de los distintos niveles. En definitiva, las múltiples facetas de la vida exaltante de un heredero de una familia gobernante. Otros recuerdos más sombríos y dolorosos, arrastrados por el torrente, permanecían profundamente enterrados en las entrañas de su memoria, como si se negara a oscurecer la alegría del reencuentro con su juventud: las mujeres embarazadas y abandonadas, las expediciones y las alianzas peligrosas, los proyectos absurdos, los encuentros maléficos que estuvieron a punto de conducir a Arkane al caos, el amor incondicional en los ojos de una niña...

De pronto, del torbellino de su mente afloró un recuerdo: una batalla entre una banda de sicarios y los esbirros del encargado en un tugurio de los Escalones. Uno de los matones se había desplomado cuando estaba a más de cinco pasos de los luchadores, como si le hubiera alcanzado un rayo invisible. Desde un rincón de la sala

donde se había instalado prudentemente con dos herederos del Lobo y un hijo del Oso, había visto a una mujer morena medio desnuda peinándose con calma.

—¿Matteo?

La voz grave de Galeb lo devolvió a la realidad. La llama perdía intensidad, la oscuridad crecía alrededor del débil halo de luz. Tendría que haber sacado una antorcha nueva de una de las cajas de madera que solían mandar por el mismo camino que los prisioneros y que estaban amontonadas en la pared del fondo.

Su respiración agitada y las palpitaciones de una vena en la sien mostraban la extrema tensión de Volma.

—Estamos perdiendo el tiempo —masculló Galeb—. Los otros pueden aparecer en cualquier momento.

Matteo agarró el pelo de la prostituta tan rápido que ella no pudo reaccionar; la obligó a arrodillarse y, con la cara pegada al suelo, le impidió rebelarse.

—¿Cuál es la verdadera razón de que estés en los Fondos?

Volma no pudo responder. Los espasmos de terror se lo impidieron. Luego, los temblores se apaciguaron y pudo pronunciar algunas palabras, que se le amontonaban en la garganta.

—Ya... ya se lo he dicho, señor, no sé... por qué me han mandado aquí en vez de crucificarme.

—¡La verdad!

El tono de Matteo se había vuelto desagradable, amenazador.

—No tengo otra verdad, señor.

Rebuscó en el pelo de Volma y palpó con los dedos un objeto duro en lo alto del moño que sacó de un golpe seco. Era una aguja de madera de varias pulgadas de largo. Paseó la punta afilada por su cuello liberado .

—Si vas a seguir engañándome, ramera, te lo clavo en la piel.

—Piedad, señor...

No pudo continuar, la voz se le ahogaba en llantos. Dejó de apretarle para que pudiera respirar.

—¿Y bien?

—Me han ordenado... matarle.

—¿Quién?

—Un carcelero vino a verme a mi celda. Me propuso un trato. O me crucificaban al alba o aceptaba bajar a la prisión de las profundidades para asesinar a Matteo del Dragón si seguía con vida. Luego, la legión se las arreglaría para sacarme de aquí.

—¿Por qué una mujer?

—Me dijo que una mujer le atraería mucho y que desconfiaría menos.

—Pretendías usar esta aguja para envenenarme, ¿no? Con ella, el arma de las zorras, mataste al sicario que te maltrataba.

El silencio de la prostituta, entrecortado por los gimoteos, fue la confesión más real.

—¿Sigues pensando en *tené* momentos *íntimo* con esta dama, Filaun? —se burló Galeb.

El antiguo recaudador se encogió de hombros y expresó su decepción mezclada con resignación. La antorcha seguía apagándose y sumergía poco a poco la cisterna en la oscuridad.

—Piedad, señor, le serviré con lealtad —sollozó Volma.

Esas fueron sus últimas palabras. Matteo le hundió la punta de la aguja en la piel, por encima de la clavícula. Tosió hasta que se le rompió el alma, escupió un líquido negro mezclado con sangre y se enderezó en un último esfuerzo, antes de caer de bruces al suelo inerte, fulminada por el veneno. El heredero del Dragón tiró la aguja con rabia. La maldición lo condenaba a cometer asesinatos tanto en los Fondos como en los Altos. Se había convertido en uno de aquellos sectarios fieles a la muerte. ¿Cómo había podido transformarse en tal pesadilla una existencia que se presentaba bajo los mejores auspicios?

—Vamos a deshacernos de su cuerpo antes de trabajar —sugirió con una voz sorda.

—¿Y ellos? —preguntó Galeb.

La mirada de Matteo se paseó un momento por los rostros pálidos de los nuevos prisioneros.

—No han visto ni oído nada. Se pondrán a nuestro servicio. Es su única oportunidad para sobrevivir.

Los interesados asintieron con una exageración y una sincronía graciosas.

—*Recogé el cuerpo y seguidme* —les ordenó Galeb—. *Vamo* a tirarlo en una tubería de *alcantarillao*. Los *góbato* la harán picadillo.

—Probablemente será su última comida —dijo Filaun.

—Quizás se salvan por el olor. Si no, comerán carne envenenada.

Los dos nuevos levantaron el cadáver de Volma y salieron de la cisterna detrás de Galeb.

—Si tus enemigos quieren eliminarte en un sitio donde nadie puede escapar es porque te temen más que a la mecosis —continuó Filaun cuando se fueron.

La llama se apagó. Matteo permaneció inmóvil en las tinieblas mientras el antiguo recaudador fue a buscar una antorcha nueva a una de las cajas del fondo. Sus pensamientos se centraron en el rostro aún infantil de Oziel, su hermana pequeña. El maestro Mazin decía que manejaba la canista mejor que la mayoría de sus hermanos, que nunca había tenido una alumna tan talentosa. ¿Habría escapado de sus perseguidores? ¿Habría planeado liberarle de la prisión de las profundidades para que buscara y castigara como se merecían a los responsables de la masacre de la familia del Dragón?

Al rostro de su hermana pequeña le sucedió otro, también infantil, y Matteo, gritando, expulsó un dolor, largo tiempo contenido, que surgió de las profundidades del tiempo.